

ma. De lo cual se infiere que el egoísmo, ni aun en la acepción mas elevada de esta palabra, no puede ser el fundamento de la moralidad. Sucede en esto como en las verdades del orden intelectual puro; si se quiere encontrar la razon de su verdad, necesidad y universalidad, es preciso salir del individuo, y estender la vista por regiones mas dilatadas.

CAPITULO V.

La moralidad no es la relacion a la utilidad publica.

30. Al desaparecer el interes privado, se ofrece desde luego el comun; ¿será posible cimentar la moralidad en la utilidad de todos; por manera que lo que conduzca al bien comun sea moral, y lo que á él se oponga sea inmoral?

31. Desde luego ocurre una grave dificultad contra esta doctrina: ella rechaza al egoísmo como base de la moral, pero en cambio ecsime de la moralidad al individuo, en aquellas acciones que no tengan relacion con la sociedad; de suerte que para un individuo solo, aislado, no habria orden moral. La razon es evidente: si la moralidad es la relacion al bien comun, cuando esta relacion falta no hay ni puede haber moralidad; la consecuencia es profundamente inmoral, pero legitima, necesaria; no hay medio de eludirla. Segun esta doctrina, un ser inteligente considerado en sus relaciones con Dios, no estaria sujeto á la moral: por manera que si no hubiese sociedad, si hubiese un hombre solo en el mundo, este hombre podria hacer lo que quisiere con respecto á sí y á Dios, sin infringir leyes morales.

Ademas, muchas de nuestras acciones exteriores é interiores, no tienen ninguna relacion con la sociedad, son actos puramente individuales que no favorecen ni dañan al bien comun. Admitido que la moralidad nace únicamente de sus relaciones con este bien, gran parte de nuestras acciones queda fuera del orden moral; lo que á mas de ser contrario á la razon y al sentido comun, es un manantial de inmoralidad. No, no es necesaria la sociedad para que tengan ecsistencia y aplicacion las ideas morales: una criatura inteligente que estuviese sola en el universo, tendria sus deberes para consigo y con el Criador: desde el momento que hay inteligencia y libertad, hay el orden moral que es su regla.

32. A mas de estas dificultades ocurre otra que no es de menos gravedad. Si la norma de la moral fuese el bien comun, seria preciso explicar en qué consiste este bien. ¿Será el desarrollo de la inteligencia, será el bienestar material, ó ambas cosas á un tiempo? En todos los supuestos la moralidad quedará fluctuante. Porque si la inteligencia es el fin, se podrá descuidar el bienestar material, y no será inmoral el dañarle ni el destruirle. Si se sobrepone el bienestar material, entonces la perfeccion de los pueblos consistirá en la mayor cantidad posible de goces: el epicureísmo condenado en el individuo, lo trasladaremos á la sociedad. Si son ambas cosas á un tiempo, falta saber en qué proporcion se han de combinar; si se ha de sacrificar el uno al otro en ciertos casos, y en favor de cuál se ha de resolver el conflicto. Nada habrá constante; la moralidad flotará á merced de las pasiones y caprichos de los hombres: lo que unos llamarán moral, otros lo tendrán por in-

moral; lo que estos alabarán como virtud, aquellos lo condenarán como vicio.

33. Esta incertidumbre afectará mucho mas á los actos individuales que no se refieran inmediatamente al bien comun. El suicida dirá: "A la sociedad no le conviene un miembro que sufre tanto como yo; quiero hacerle un bien, apartando de su vista este cuadro aflictivo;" y se matará. El ofendido por una palabra dirá: "A la sociedad no le *conviene* hombres sin honra, yo debo lavar la mia con la sangre de mi enemigo, ó morir;" y se batirá en duelo. El pródigo dirá: "A la sociedad le *conviene* el progreso de la industria y del comercio; yo la fomento con mi lujo y disipacion; la suerte de mis hijos, cuyo porvenir destruyo, no vale tanto como el bien de la sociedad," y seguirá dilapidando. Y como á estos insensatos no se los podria reconvenir con la ley moral, con este conjunto de máximas fijas, eternas, que arreglan la conducta del individuo y de la sociedad, necesario seria calcularlo todo por el resultado; el cálculo fuera tan variable como las pasiones y caprichos, y en vez de una moral social, no tendríamos ninguna.

CAPITULO VI.

Razones contra el principio utilitario en todos sentidos.

34. Los que confunden la moralidad con la utilidad, sea que hablen de la privada ó de la pública, caen en el inconveniente de reducir la moral á una cuestion de cálculo, no dando á las acciones ningun valor intrínseco, y apreciándolas solo por el resultado. Esto no es explicar el orden moral, es destruirle; es convertir las acciones en actos puramente físicos, haciendo del orden moral una palabra vacía. Hagámoslo sentir poniendo en escena las varias doctrinas, y empezando por la del interes privado.

Un hombre quiere matar á su enemigo; ¿qué le direis para hacerle desistir de su intento criminal? Veámoslo.

Este es un acto injusto.

¿Por qué? ¿Qué es la injusticia? Yo no reconozco mas justicia ni moralidad que lo que conviene á mis intereses: y ahora para mí no hay interes mas vivo, mas estimulante, que el de saciar mi venganza.

Pero de esto le puede resultar á V. un grave perjuicio, cayendo en seguida bajo el rigor de las leyes.

Procuraré evitarlo; ademas, estoy completamente seguro.

¿Está V. seguro de ello?

Sí del todo: pero suponed que no lo estuviera, ¿esto qué importa?

Entonces se espone V.

Ciertamente; pero el peligro es lejano, y la satisfaccion es segura: opto por la segunda y arrostro el primero.

Pero esto es reprehensible.....

No: porque segun V., mi regla es mi interes: este le debo conocer yo; lo mas que puede suceder es que yerre yo en mis cálculos; cometeré un error, no un delito.

Mas la accion no dejará de ser fea; pudiérais calcular mejor.

Que tal vez pudiera calcular mejor, lo admito; pero niego que un error de cálculo sea una cosa fea. ¿Hay algo mas que mi interes? ¿Sí ó no? Sí, no hay mas, y yo me lo juego, por decirlo así, ¿dónde está la fealdad?

En efecto, si se tratara solo de V.; pero hay de por medio la vida de un hombre y la suerte de su familia.

Cierto; pero ni esa vida, ni la suerte de toda una familia son *mi interés*; y supuesto que no hay otra regla que esta, lo demás es inconducente. Con la venganza disfruto; con la muerte del enemigo me quito de delante un objeto que me molesta: lo restante no significa nada.

35. Fácil sería estender la aplicación de la doctrina del interés privado á todos los actos de la vida, manifestando que en último análisis, es la muerte de toda moral, pues erige en única regla las pasiones y los caprichos.

36. La doctrina del interés social ó del bien común, adolece de inconvenientes semejantes. Ya hemos visto (33) como la podrían explotar todos los vicios y delirios de los hombres: bajo la engañosa apariencia del desprendimiento encierra la más deforme inmoralidad. En nombre del bien común se han cometido los más horrendos crímenes, contra los que protesta la conciencia del género humano; pero si admitimos que la moralidad no tiene reglas intrínsecas, propias, independientes de sus resultados, esos crímenes se pueden justificar, reduciéndolos, cuando menos, á simples errores de cálculo.

Un tirano para guardarse de un enemigo terrible, sacrifica centenares de personas inocentes: la humanidad le execra, pero vuestra doctrina le justifica. "Así lo exige el bien común," dirá él; no hay bien común que justifique la maldad; el fin no justifica los medios; "esto último no es exacto, responderéis vosotros: la cuestión no está en si el acto es moral ó inmoral en sí mismo, sino en si conduce ó no al bien común; según conduzca ó no, será moral ó inmoral; pues su moralidad ó inmoralidad depende de sus relaciones con el bien común. Tirano, calcula; y si el resultado del cálculo es que la matanza de muchos inocentes es *útil* al bien común, sacrícalos; y si no lo haces serás inmoral."

37. He aquí las horribles consecuencias á que conducen las doctrinas que aprecian la moralidad por los resultados. Todo se reduce á una cuestión de cálculo, que las pasiones cuidarán de resolver á su modo; y por desastres que resulten, por más que lo que se creía favorable al interés privado ó al común le sea muy dañoso, no hay inmoralidad intrínseca, hay un error de cálculo, no un delito. No hay pues nada digno de alabanza ni vituperio; no hay mérito ni demérito, no hay premio ni castigo. Cuando se aplique una pena, esta no será más que un medio represivo, semejante á los que se emplean contra los brutos: el hombre que arrostre la multa, la prisión, el destierro, la muerte, por cometer un acto que las leyes reprimen, será si se quiere un jugador torpe ó temerario; un hombre que habrá hecho un negocio desigual; nada más; y al verle morir en el patíbulo, no deberemos decir que satisface á la justicia, que paga su merecido, que espía sus crímenes, sino que liquida una cuenta de un negocio conducido erradamente, en cuyo término hay un cargo contra él, que es la pérdida de la vida.

38. La razón y el sentido común ven en la moralidad algo muy superior á una cuestión de cálculo; y de aquí dimana el desprecio que se acarrea el egoísmo, la necesidad que tiene de ocultarse, y de engalanarse con velos hipócritas; de aquí el aprecio que nos inspira el desinterés de quien cumple sus deberes sin atender á los resultados; y el que consideremos que no hay belleza moral en un acto, cuando su autor solo se ha movido por una razón de utilidad.

Dos hombres mueren por su patria: ambos ejecutan lo mismo; igual es el bien público que de su muerte dimana; igual el sacrificio con que lo obtienen: el uno es ambicioso, y solo se proponía conseguir un alto puesto; el otro es un sincero amante del bien público, y muere porque cree que morir es su deber: ¿de qué parte está la moralidad? La hallamos en el segundo, que prescinde de la utilidad propia; no en el primero, en quien solo vemos un calculador, que juega su vida por la probabilidad de adquirir lo que ambiciona.

Dos gobernantes que tienen en rehenes á individuos inocentes de las familias del enemigo, se abstienen de matarlas y atropellarlas, y les dan libertad.

La conducta del uno es motivada por miras de interés público, porque cree que de este modo contribuye al triunfo de la causa, desarmando la cólera del enemigo, y adquiriendo á su gobierno un buen nombre; la del otro es efecto de la idea del deber: les da libertad porque cree que así lo exigen la humanidad y la justicia: ¿en cuál de los dos vemos al hombre moral? En el segundo, no en el primero.

La razón del bien común no nos basta para que hallemos moral la acción: esta tiene en ambos el mismo resultado, pero la diferente intención de sus autores le da caracteres diversos: en el uno reconocemos moralidad, en el otro habilidad.

CAPITULO VII.

Relaciones entre la moralidad y la utilidad.

39. Al distinguir entre la utilidad y la moralidad, no entiendo separar estas dos cosas, de suerte que la una escluya á la otra: por el contrario, las considero íntimamente unidas, ya que no en cada caso particular, al menos en su resultado final. Lo moral es también útil: un individuo que cumple fielmente con sus deberes no solo logrará la felicidad que está reservada á los justos después de la muerte, sino que con mucha frecuencia será dichoso en esta vida, en cuanto es posible á la condición humana. Sus goces no serán tan vivos y variados como los del hombre inmoral, pero serán más dulces, más constantes: esentos de amargura, no dejarán en el alma el roedor gusano del remordimiento. Su posición en la sociedad no será quizá tan elevada y brillante, pero tampoco le atormentará la idea de que sus iguales le detestan, sus inferiores le maldicen, y sus superiores le desprecian; tampoco estará temiendo de continuo una caída que le precipite en la nada, y que le haga espíar las villanías y los delitos con que se levantara sobre los demás. La dicha del hombre inmoral es ruidosa, fastuosa; la del hombre de bien es modesta, tranquila, se desliza en el silencio y oscuridad de la vida privada, como aquellos mansos arroyos que murmuran suavemente en un valle retirado, sin más testigos que la verde yerba que tapiza sus orillas, y la luz del cielo que refleja en su cristalina corriente.

40. Lo propio que en los individuos se verifica en la sociedad. Una nación corrompida deslumbra tal vez con el esplendor de sus letras y bellas artes; pero bajo el manto de púrpura y de oro, abriga la llaga mortal que la conduce al sepulcro. La Roma de los Brutos, Camilos, Fabios, Manlios y Escipiones, no brillaba tanto ciertamente como la de los Tiberios, Nerones y Calígulas; sin embargo, la Roma modesta marchaba á pasos agigantados á

un grandor fabuloso, al imperio del mundo; y la Roma brillante iba á caer bajo el hierro de los bárbaros y á ser la irrisión de las naciones. Un Estado, por un acto de perfidia con que falta á los tratados, adquirirá tal vez una posición importante, una ventaja del momento; pero esto no compensa su descrédito á los ojos del mundo, y los perjuicios que le ha de acarrear su reputación de perfidia. Un gobierno que para la administración del Estado promueve la corrupción y fomenta la venalidad, conseguirá resultados momentáneos, que le conducirán quizás con brevedad al fin que se propone; pero dejad pasar el tiempo; la venalidad se extenderá de tal modo, que bien pronto faltarán medios para comprar á los que quieran venderse; se presentarán, por decirlo así, mejores postores en esa subasta de hombres; y el mismo gobierno que había tomado por base la corrupción, se hundirá bien pronto en el inundo lodazal, obra de sus manos.

41. La utilidad bien entendida, no solo está hermanada con la moralidad, sino que puede también ser objeto *intentado* en la acción moral, sin que esta se afee ni pierda su carácter. El honrado padre de familias que con su trabajo sustenta á sus hijos, se propone la utilidad que gana con el sudor de su frente; el soldado que muere por su patria se propone el bien público que de su sacrificio resulta; la persona caritativa que socorre al pobre, intenta la utilidad del socorrido; el individuo laborioso que se desvela por aprender un arte ó una ciencia, ó por procurarse una posición decente, intenta su utilidad privada; en los medios que empleamos para conservar ó restablecer la salud, intentamos nuestra utilidad propia; ¿y quién dirá que semejantes acciones dejan por esto de ser morales? ¿No sería bien estraña una moralidad que prescribiese al padre el trabajar por el sustento de su familia, sin intentar esa utilidad; al soldado el morir por su patria, sin intentar el fruto de su muerte; al misericordioso el socorrer al pobre, sin intentar la utilidad del infeliz; al individuo perfeccionar sus facultades ó labrar su fortuna, sin intentarlo; á todos conservar la salud, sin proponerse su conservación? No se entiende de este modo el desinterés moral; se entiende sí, que la razón constitutiva de la moralidad, no es la utilidad; se afirma que la una no es la otra, pero no que estén reñidas; por el contrario, se hallan íntimamente enlazadas. La utilidad no constituye la moralidad; pero muchas veces es una *condición* necesaria para ella: ¿cómo se concibe un conjunto de relaciones morales en un hombre cuyas acciones no sean útiles á nadie? La beneficencia, uno de los mas bellos florones de la corona de las virtudes, ¿en qué se convierte, si no se dirige á la utilidad de los demas? El heroísmo con que el hombre se sacrifica por el bien de sus semejantes, ¿á qué se reduce si se le separa de este bien, de esa utilidad para los otros? El hombre puede y debe intentar los resultados que corresponden á cada acción moral; sin esta intención sucedería muchas veces que sus obras carecerían de objeto, y que la moralidad sería una cosa vana, ó una contradicción.

42. La combinación de la utilidad con la moralidad nos la indica nuestro deseo innato de ser felices. Respetamos, amamos la belleza moral; este es un impulso de la naturaleza; pero también esa misma naturaleza nos inspira un irresistible deseo de la felicidad: el hombre no puede desear ser infeliz; los mismos males que se acarrea, los dirige á procurarse bienes, ó á libertarse de otros males mayores: es decir, á disminuir su infelicidad. Así, la moral no está reñida con la dicha; aun cuando la razón no nos lo enseñara, nos lo indi-

caria la naturaleza que nos inspira á un mismo tiempo el amor de la felicidad y el de la moral.

43. ¿Cosa singular es la moralidad! su belleza la vemos, la sentimos en unas acciones, y nos atrae y cautiva; la fealdad de lo inmoral la vemos, la sentimos, nos repugna, nos repele, nos inspira aversión; el orden moral se liga con el provecho y el daño; pero no es ni el daño ni el provecho; se dirige á los resultados, pero es independiente de ellos: se consume en la conciencia con el acto libre de la voluntad, y allí merece su alabanza ó vituperio, sean cuales fueren los efectos imprevistos que cause en lo exterior. Tan íntima es la relación de la moral con el bien del individuo, de la sociedad y del linaje humano, que á primera vista parece confundirse con esos bienes: donde se halla una utilidad individual ó general, allí hay ciertas ideas morales que moderan, que dirigen; y al propio tiempo es tal su independencia con respecto á esas mismas cosas, con las cuales está ligada; conserva de tal modo inalterable su carácter en medio de la variedad de los objetos, que parece no tener ninguna relación con ellos, y ser una especie de divinidad, á la que no afectan las vicisitudes del mundo.

44. Hagámoslo sentir con ejemplos. Hay un hombre que viendo en peligro á su patria resuelve dar su vida para salvarla: no se propone ni hacer fortuna en caso de sobrevivir al riesgo, ni mejorar la suerte de su familia, ni siquiera adquirir celebridad: él solo tiene noticia del peligro de su patria, y no le es posible comunicar la noticia á nadie: solo, sin mas testigo que Dios y su conciencia, sin mas deseo que el bien de sus compatriotas, marcha al peligro y muere: esto es lo sublime moral; no sabemos cómo expresar el interés, la admiración, el entusiasmo que nos inspira tan heroico desprendimiento, un amor tan puro de la patria, un corazón tan grande, una voluntad tan firme. Muere, pero ¡ay! ¡ha sido víctima de un engaño que no ha podido prever ni sospechar! Su muerte, lejos de salvar la patria, la ha perdido para siempre. El resultado es desastroso, ¿se disminuye la moralidad y el heroísmo de la acción? no; ha producido una catástrofe, es verdad; pero “el no lo podía prever, diremos: el mérito es el mismo;” y ¿por qué? porque la raíz de este mérito estaba en la voluntad, en la conciencia; procedía del amor puro de su patria, en cuyas aras se inmolaba, sin mas testigos que Dios y su conciencia, y guiado por la idea del bien, por la descripción del deber, por el amor de la virtud. El heroísmo no deja de serlo por haber sido desgraciado; sobre la tumba de la patria debería levantarse la estatua del héroe.

Hágase la contraprueba. Un hombre vil ocupa una posición importante de cuya conservación depende la suerte de su patria. El enemigo le ofrece una cantidad, y se presta á venderla, conociendo todo el daño que resulta de su acción infame. Entretanto, el gobierno á quien sirve, deseoso de asegurarse la fidelidad del traidor, le promete un premio mayor que la cantidad de la venta; el infame calcula, y conociendo que le es mas ventajoso el permanecer fiel, conserva la posición, la defiende con obstinación invencible, y salva á su patria. El resultado es feliz; pero ¿qué os parece del hombre? Su acción es felicísima, pero no moral; por el contrario, es negra como sus bajos cálculos; todo el brillo de los resultados no es capaz de ennoblecerla: el triunfo que á ella es debido se liga con el recuerdo de una sórdida especulación; la patria fué salvada porque fué el mejor postor en la conciencia venal; en los trofeos de la victoria deseáramos ver escrita con caracteres indelebles la infamia del vencedor.

CAPITULO VIII.

No se explica bastante la moralidad con decir que la moral es lo conforme a la razon.

45. La razon nos prescribe la moral: ¿consentirá la moralidad en la conformidad con la razon? Analicémoslo.

46. ¿Qué se entiende aquí por conformidad á la razon? Y ante todo, ¿qué significa la palabra razon? Suele tomarse en varias acepciones; á veces expresa la facultad de pensar, ó el entendimiento, en cuyo sentido se dice que el bruto carece de razon, y que el demente ha perdido el uso de la razon; á veces significa el conjunto de las verdades fundamentales, que son como las leyes de nuestro entendimiento: y así decimos que tal ó cual cosa es contraria á la razon, y que lo absurdo es contra la razon, porque se halla en contradiccion con estas verdades. Por fin, la razon se toma frecuentemente por la equidad y justicia moral. "Pretende eso y tiene razon, es lo justo; se resiste á desposeerse de tal propiedad y no tiene razon, porque no le pertenece; exige en el contrato condiciones razonables;" en estos y otros casos, razon se toma por equidad ó justicia. Ninguna de estas acepciones basta para que diciendo: conforme á razon, resulte explicado el carácter constitutivo de la moralidad.

47. Ser conforme á razon, significando por esta palabra la facultad de entender, es no decir nada. Una facultad incluye actividad, pero esta puede ejercerse de mil maneras; ser conforme á una actividad, es ser proporcionado á ella, ó ser una condicion que la desenvuelva; pero en todo eso nada encontramos que nos dé ideas morales.

48. Decir que la moralidad es la conformidad de la razon, esto es, el conjunto de verdades que ella conoce, es ó no decir nada, ó caer en un círculo vicioso. Porque en este conjunto de verdades entran las morales ó no: si entran, la proposicion significa que la moralidad consiste en la conformidad á las verdades morales, lo que es explicar la cosa por sí misma, y por tanto no aclarar nada; si no entran, entonces observaremos que la conformidad á la razon será conformidad con lo conocido; y como este conocimiento puede referirse á mil objetos, y aplicarse de infinitas maneras, nos quedamos sin ninguna regla moral, y el hombre podrá cometer las acciones que quiera en conformidad con sus conocimientos. Verdad hay en los cálculos del traidor; verdad en los insidiosos preparativos del asesino; verdad en las invenciones del sensual para prolongar, variar y avivar sus placeres; verdad en las especulaciones del codicioso; verdad en los planes del ambicioso turbulento; verdad en los designios del orgullo que todo lo sacrifica en sus aras; en tales casos hay verdades de hecho, conocidas, calculadas; verdad en las relaciones del medio con el fin; ¿diremos sin embargo que hay moralidad? Claro es que no: luego el conocimiento por sí solo no es regla de moral; el conocimiento es una arma de que podemos hacer bueno y mal uso; necesitamos, pues, un principio que le dirija, y que le dé ese carácter que en sí propio no tiene.

49. Si por la palabra razon se entiende justicia, equidad ú otra idea moral, caemos en el mismo defecto arriba censurado: se explica la cosa por sí misma, y así no se adelanta nada.

CAPITULO IX.

Nada se explica con decir que la moral es un hecho absoluto de la naturaleza humana.

50. Las ideas morales están en nuestro espíritu; en la razon que las conoce, en la voluntad que las ama, en el corazon que las siente: ¿podríamos decir que la moralidad es un hecho primitivo del alma, y que su valor intrínseco depende de nuestra propia naturaleza racional?

51. La naturaleza humana, en general, es un ser abstracto, en el que no puede fundarse una cosa tan real é inalterable como es la moralidad; tomada individualmente no es otra cosa que el hombre mismo; y en este tampoco se puede hallar el origen de la moral. El individuo humano es un ser contingente, el orden moral es necesario; antes que nosotros existiéramos, el orden moral existía; y este continuaria aunque nosotros fuéramos aniquilados; en ningun individuo humano se halla el origen de una cosa necesaria: luego tampoco puede hallarse en su conjunto. Nosotros concebimos las ideas morales independientes, no solo de este ó aquel individuo, sino de toda la humanidad: aunque no existiese hombre alguno habria orden moral, con tal que hubiese criaturas racionales. El hombre es uno de los seres que por su racionalidad son susceptibles del orden moral, pero no el origen de este orden.

52. Los que miran la moralidad como un hecho absoluto del espíritu humano, sin ligarla con la existencia de un ser superior, no explican nada; no hacen mas que consignar el hecho de las ideas y sentimientos morales, para lo cual no necesitamos ciertamente de investigacion filosófica: son cosas que todos llevamos en el entendimiento y en el corazon; para cerciorarnos de ellas bástanos el testimonio de la conciencia.

CAPITULO X.

Origen absoluto del orden moral.

53. Precizados á salir del hombre para buscar el origen del orden moral, y siendo claro que hemos de encontrar la misma insuficiencia en las demas criaturas, es necesario que le busquemos en la fuente de todo ser, de toda verdad y de todo bien: Dios.

Lo que se ha dicho (V. *Ideología*, cap. XIII) sobre el fundamento de la posibilidad, y de las verdades ideales necesarias, tiene aplicacion aquí. Los principios morales son tambien necesarios, inmutables; y así no pueden fundarse en un ser contingente y mutable. Luego su origen está en Dios.

54. Pero queda todavia la dificultad sobre el sentido de la doctrina que pone en Dios el origen de las verdades morales. ¿Se entiende que dependan de su libre voluntad? No. Porque de esto se seguiria que lo bueno seria bueno y lo malo malo, solamente porque Dios lo habria establecido; de suerte que sin mengua de su santidad hubiera podido hacer que el odio de la criatura al Criador fuese una virtud y el amor un vicio, que el aborrecer á todos los hombres fuese una accion laudable, y el amarlos vituperable; ¿quién puede concebir tamaños delirios? Por donde se ve que el orden moral tiene una parte necesaria, independiente de la libre voluntad divina; por

la sencilla razon de que Dios, todo verdad, todo santidad, no puede alterar la esencia de las cosas, pues que esta se halla fundada en la misma verdad y santidad infinita.

55. A medida que se va analizando la cuestion, el terreno se despeja, y nos encontramos con menos elementos que puedan pretender á ser principios de la moralidad: no la hallamos fundada en ninguna criatura, ni tampoco en la libre voluntad divina; luego será algo necesario en Dios mismo; ¿el origen de la moralidad será la misma bondad moral de Dios, la santidad infinita? pero ¿qué es bondad moral, qué es santidad? ¿qué queremos significar por estas palabras? He aquí una nueva dificultad.

56. Si antes de lo contingente es lo necesario, antes de lo condicional lo incondicional, antes de lo relativo lo absoluto, claro es que esa bondad moral, contingente no en sí, sino en el ser criado; condicional por la dependencia de las condiciones á que en su aplicacion está sujeta; relativa, por los extremos á que se refiere; ha de estar precedida de una bondad moral absoluta, que no se funda en otra cosa que en sí misma, que sea la bondad moral por esencia y excelencia; de suerte que en llegando á ella ya no sea posible pasar mas allá en busca de otras esplicaciones. El mismo lenguaje con que espresamos la razon de la moralidad indica el carácter absoluto de su origen. Conforme á razon, á la ley eterna, á los principios eternos: estas espresiones indican relacion de *conformidad* á una bondad necesaria, es decir, la dependencia en que lo relativo está de lo absoluto.

57. ¿Cuál es pues el atributo de Dios, ó el acto que concebimos como bondad moral, como santidad? No es su inteligencia, ni su poder, sino el amor de su perfeccion infinita. El acto moral por esencia, el acto constituyente, por decirlo así, de la bondad moral de Dios, ó sea de su santidad, es el amor de su ser, de su perfeccion infinita; mas allá de esto nada se puede concebir que sea origen de la moral; mas puro que esto no se puede concebir nada en el orden moral. El amor con que Dios se ama á sí mismo es la santidad, es, por decirlo así, la moral viviente. Todo lo que hay de moralidad real y posible, dimana de aquel piélago infinito.

58. La santidad de Dios no es el cumplimiento de un deber, es una necesidad intrínseca, como la de existir. No se puede buscar la razon del amor que Dios se tiene á sí mismo: esto es una realidad absolutamente necesaria. Del hombre se dice muy bien que *ha de* amar á Dios; pero de Dios no se debe decir esto, sino que *se ama*; enunciando de una manera absoluta una verdad absoluta. A quien insistiese en preguntar por qué Dios se ama á sí mismo, le replicaríamos que la pregunta es tan estraña, como esta otra: por qué Dios existe. Lo necesario no tiene la razon de sí mismo, fuera de sí mismo; es: y ya está dicho todo; nada se puede añadir. Lo propio diremos de la santidad: Dios es infinitamente santo por el amor de sí mismo: de este amor no puede señalarse otra razon sino que *es*. Pero en cuanto podemos ensayar con nuestra débil razon la esplicacion de lo infinito: ¿concebimos acaso algo mas recto, mas conforme á razon, que el amor de la perfeccion infinita? El amor de tener algun objeto: este es el ser; no se ama á la nada: cuando pues hay el ser por esencia, el ser infinito, hay el objeto mas digno de amor. Pero no insistamos en manifestar una verdad tan clara que no necesita esplicacion.

59. Veamos ahora cómo de la santidad infinita, del acto moral por esencia, del amor de Dios, de la moralidad sustancial y viviente, dimana la mora-

lidad ideal que hallan en sí propias todas las criaturas intelectuales, y que se realiza bajo distintas formas en las relaciones del mundo intelectual.

CAPITULO XI.

Como de la moralidad absoluta dimana la relativa.

60. Dios, viendo desde la eternidad el mundo actual y todos los posibles, veía tambien el orden á que debian estar sujetas las criaturas que los compusieran. Una obra de la sabiduría infinita no podia estar en desorden; y mucho menos la mas noble entre ellas, que era la intelectual. Amándose Dios á sí mismo, amaba tambien este orden, y le queria realizado en el tiempo por las criaturas racionales, cuando se dignase sacarlas de la nada. Pero como esta realizacion debia ser ejecutada libremente, pues que los seres dotados de inteligencia no pueden estar sujetos en sus actos á la necesidad, como los irracionales, debia comunicárseles esta regla por medio del conocimiento con el cual dirigieran su voluntad. Así sucedió; y la impresion de esta regla en nuestro espíritu, hecha por la mano del Criador, es lo que se llama ley natural.

61. Entre las prescripciones de esta ley, figura en primera línea el amor de Dios; el orden moral en la criatura no podia fundarse en otra cosa; ya que el amor de Dios á sí mismo es la moralidad por esencia, la participacion de esta moralidad debia ser tambien la participacion de este amor. Y he aquí una prueba filosófica de la profunda sabiduría de la religion cristiana, que establece el amor de Dios como el mayor y primero de los mandamientos.

62. Claro es que el hombre, atendida su debilidad, no puede estar siempre pensando en el amor de Dios; por lo cual no es necesario que todos sus actos lleven de una manera esplicita este augusto carácter; pero puede, sí, obrar de modo que nada haga contrario á este amor, y conformar sus actos al orden prescrito. Cuando así proceda, aunque sus acciones no estén espresamente motivadas por este amor, participan de él en alguna manera; y en esta participacion consiste la moralidad, en lo contrario la inmoralidad.

63. Esta doctrina no es una mera hipótesis para explicar un hecho: si su esposicion no bastase para manifestar su verdad, he aquí de qué modo podríamos confirmarla.

La moral como necesaria y eterna no se funda en ninguna criatura; luego su origen está en Dios. La bondad moral participada, ha de estibar en la moral por esencia; esta es la santidad divina. Cuando un hombre es muy bueno moralmente se le apellida santo; la bondad por esencia será la santidad por esencia. La santidad divina es el amor que Dios se tiene á sí mismo: este amor participado hace la santidad de la criatura; el amor por esencia ha de ser la santidad por esencia. Además, los otros atributos de Dios no se refieren directamente al orden moral; este es el único en que descubrimos este carácter; nada podemos concebir mas bueno y mas santo que el acto puro, infinito, con que Dios ama su perfeccion infinita.

La moralidad en la criatura no puede ser otra cosa que una participacion de la moral divina. La primera y principal de estas participaciones es el amor de la criatura á Dios.

64. Dios ama el orden que corresponde á las criaturas conforme á lo que está en la sabiduría infinita. La criatura amando este orden ama lo que Dios ama, lo que está en Dios, y por consiguiente ama en algún modo á Dios. Infringiendo este orden no ama á Dios, pues que obra contra lo que él ama. Luego la criatura participa de la moralidad cuando procede con arreglo á este orden, y peca cuando le traspasa.

65. Así hemos encontrado lo absoluto en moral, fundamento de lo relativo; lo infinito, origen de lo finito; lo esencial, fuente de lo participado. Con esta piedra de toque podemos recorrer toda la moral, y reconocer la bondad ó la malicia de las acciones.

CAPITULO XII.

Esplicacion de las nociones fundamentales del orden moral.

66. Ahora podemos definir el orden moral y todas sus ideas fundamentales.

67. La moralidad absoluta y esencial es la santidad infinita, ó sea el acto con que Dios ama su perfeccion infinita.

68. La moralidad en los seres criados es el amor de Dios esplicito ó implícito.

69. El amor esplicito es el acto mismo de amar á Dios; este es el acto moral por excelencia.

70. El amor implícito es el amor del orden que Dios ama en sus criaturas.

71. El orden moral es el orden en las criaturas, en cuanto amado por Dios.

72. Bien moral, relativo y finito, es lo que pertenece al orden amado por Dios en las criaturas, en cuanto es realizable por seres inteligentes y libres. Mal moral es lo que es contrario al orden amado por Dios, en cuanto la contrariedad es realizable por criaturas libres.

73. Vínculo moral, tomado en su mayor generalidad, es un límite que deja intacta la libertad física; pero que influye en la inteligencia y voluntad del ser libre para que ejerza ó no su accion en cierto sentido. La voluntad es físicamente libre para querer una cosa mala; pero no la quiere porque es mala, ó porque acarrea castigo: he aquí un límite; un vínculo moral produciendo su efecto sin destruir la libertad.

74. Ley natural es la comunicacion del orden moral hecha por Dios al hombre desde su creacion, en cuanto produce en este un vínculo moral.

75. Mandamiento ó precepto es el acto que produce este vínculo moral con respecto á la ejecucion de una cosa. Prohibicion es el acto que liga moralmente para no ejecutar una accion.

76. Lícito es lo que no contraría el orden moral; ilícito lo que le contraría.

77. Deber es la sujecion de la criatura libre al orden moral.

78. La obligacion, tomada esta palabra en su mayor generalidad, se confunde con el deber. Se llama obligacion porque la sujecion al orden moral forma una especie de vínculo, que respetando la libertad física, la liga en el orden moral, en cuanto la criatura no puede apartarse de este orden sin hacerse culpable y sin incurrir en una pena.

79. La idea de derecho incluye dos: la de lícito con relacion al sugeto que lo tiene; y la obligacion de los demas en respetársela.

Camilo puede pasearse: los otros no pueden impedirselo; Camilo tiene, pues, derecho al paseo. Si estuviese solo en el mundo, el paseo le seria lícito; pero no se diría que esta lícitud (si puedo espresarme así) fuese un derecho.

Salustio puede reclamar el dinero que ha prestado á su amigo; y este tiene obligacion de devolvérsele; en Salustio hay un derecho.

Luego el derecho incluye siempre obligacion ó deber en otro, ya sea para hacer, ya para no impedir.

80. Imputabilidad moral es el conjunto de las condiciones necesarias para que una accion pueda ser atribuida á una criatura en el orden moral. Estas son: conocimiento del acto imputado y libertad en su ejecucion (cap. II).

81. Responsabilidad moral es la sujecion á la imputabilidad y á sus consecuencias.

82. Culpa es la misma responsabilidad por una mala accion. "Es culpable, no es culpable;" esto es, ha obrado mal, ó no; es responsable de un mal ó no.

83. Pecado es una accion mala. Se suele aplicar este nombre á las acciones malas consideradas únicamente con relacion á Dios. Cuando se las refiere á las leyes humanas se apellidan faltas, delitos ó crímenes, segun su gravedad y naturaleza. Hay pecados de omision.

84. Premio es un bien otorgado á un ser á consecuencia de una accion buena que le pertenece como imputable.

85. Pena es un mal causado al ser libre, por motivo de una accion mala de que es responsable. El castigo es la aplicacion de la pena.

86. Virtud es el hábito de obrar bien.

87. Vicio es el hábito de obrar mal.

Para ser virtuoso no basta ejecutar una accion buena; es preciso tener el hábito de obrar bien; así como por un acto malo se hace el hombre culpable, mas no vicioso.

88. Laudable es el ser la accion digna de que la reconozcan y aprecien los demas, como conforme al orden moral.

89. Vituperable es lo digno de que los demas lo reconozcan y censuren como contrario al orden moral.

90. Conciencia es el dictámen de la razon que nos dice: esto es bueno, aquello es malo.

91. Si hay verdad en el juicio de la moralidad de un acto, la conciencia se llama recta; si hay error, errónea; si hay certeza, cierta; si hay probabilidad, probable. La conciencia dudosa es la que está fluctuante entre el sí y el no.

92. El error es invencible, cuando no lo hemos podido evitar; de lo contrario es vencible. Lo mismo se aplica á la ignorancia de una obligacion. Si por ignorancia invencible, cometemos un acto malo, no somos culpables; pero la ignorancia vencible no ésime de culpa.